

Lozada, M. (2007) Caracas: huellas urbanas de la polarización. En: Hernández, T. (Ed.) Ciudad, cultura y espacio público. Cátedra de la Cultura Urbana. Caracas: Fundación para la Cultura Urbana.

Caracas: huellas urbanas de la polarización

Mireya Lozada

La sociedad contemporánea, desafiada por las tensiones y contradicciones de la globalización que agravan las ya extendidas desigualdades sociales, enfrenta hoy una multiplicidad de demandas de grupos y movimientos que buscan reconocimiento y reivindican identidades invisibilizadas o marginadas, exigiendo viejos y nuevos derechos: sociales, económicos, políticos, identitarios, comunitarios, ecológicos, sexuales, religiosos.

En América Latina, estos movimientos se expresan con diferentes intensidades y modalidades, dentro de la heterogeneidad de una región que comparte importantes referentes históricos y culturales. Estos movimientos cuestionan profundamente los modelos de democracia formal y visibilizan conflictos socio-económicos y político-institucionales, cuyas causas estructurales son de vieja data.

En este conflictivo contexto socio-político, donde se evidencia la confrontación de distintos modelos de desarrollo, competencia por el control del aparato estatal, la propiedad y administración de los recursos naturales y la defensa de nuevas identidades o ciudadanías de diferentes sectores sociales, en ocasiones también se produce un proceso de polarización social, caracterizado por un demarcamiento físico-simbólico de territorios y propuestas mutuamente excluyentes, provocando una fractura del tejido social y distintas expresiones de violencia política que limitan el manejo constructivo y pacífico de los conflictos y comprometen las posibilidades de convivencia democrática en muchos países de la región.

En Venezuela, altos niveles de polarización social agudizaron el conflicto político en el país especialmente durante el período 2000-2004, cuando distintas instituciones (educativas, religiosas, policiales, militares, mediáticas, académicas, etc.) y diferentes sectores sociales tomaron partido a favor o en contra de una de dos posiciones: gobierno y oposición.

Este artículo es una versión revisada y ampliada de la ponencia con el mismo nombre presentada en la Cátedra de la Cultura Urbana, Caracas, 15 julio 2004.

Si bien la polarización ocupó una cantidad de espacios privados y públicos, generando un fuerte impacto individual y colectivo, es quizás el espacio urbano, donde mejor pudo apreciarse la expresión social de esta polarización. La ciudad, sus calles, plazas, paredes, barrios y urbanizaciones han sido la superficie de inscripción privilegiada de la polarización social. Pero, ¿Cuáles son sus características? ¿Qué representaciones e imaginarios sociales moviliza dicha polarización? ¿Cuáles son sus signos y significados? ¿Cómo se construye la conflictividad social en la memoria de lo urbano?

Sin detenerme a profundizar la multicausalidad histórica de la crisis venezolana, ni los factores de profundización del conflicto en momentos coyunturales (golpe de Estado 2002¹, paro petrolero, referendos revocatorios, p.e.), referiré tres ejes problemáticos que permitan guiar la mirada psicosocial que intenta dar respuesta a estas interrogantes: polarización social y legitimación de la violencia, representaciones e imaginarios sociales y territorialización de la polarización.

1. Polarización social y legitimación de la violencia

La polarización se evidencia cuando la postura de un grupo supone la referencia negativa a la posición del otro grupo, percibido como enemigo. Se trata de una compleja dinámica donde el acercamiento a uno de los polos, arrastra no sólo el alejamiento, sino el rechazo activo del otro. Siete elementos caracterizan psicológicamente el proceso de polarización social sufrido por una gran parte de la población venezolana a lo largo del conflicto:

1. Estrechamiento del campo perceptivo (percepción desfavorable y estereotipada del grupo opuesto que genera una visión dicotómica y excluyente: “nosotros-ellos”)
2. Fuerte carga emocional (aceptación y rechazo sin matices de la persona o grupo contrario)
3. Involucramiento personal (cualquier hecho afecta al individuo)

¹ Ante las estratégicas retóricas y jurídicas que califican de “vacío de poder” o “Rebelión Militar” los eventos ocurridos en Venezuela en el período comprendido entre el 12 y 13 de abril suscribo la posición de Provea (Programa Venezolano de Educación-Acción en Derechos Humanos- 14-8-2002), que expone los siguientes argumentos para sostener que se trató de un Golpe de Estado: “a) el Presidente fue presionado por sectores militares (es decir, por quienes administran el monopolio de la violencia estatal); b) pese a que el Comandante General Lucas Rincón notificó que el Presidente había renunciado, nunca se mostró su renuncia firmada y, por el contrario, altos funcionarios públicos denunciaron que no lo había hecho; c) en el caso (no probado) de que hubiera renunciado (hecho que, por haber ocurrido bajo coacción era ilegítimo), constitucionalmente le correspondía al vicepresidente sustituirlo; d) el Presidente fue detenido e incomunicado, ilegal y arbitrariamente, por funcionarios militares sin que se hubiera realizado el procedimiento político y judicial establecido en la Constitución; e) el decreto mediante el cual se autoproclamó Presidente de la República el empresario Pedro Carmona Estanga, derogaba, además, la Constitución y los nombramientos de funcionarios electos por votación popular y los Poderes Ciudadano y Judicial; f) se produjeron acciones represivas contra funcionarios y simpatizantes del oficialismo, así como contra instituciones oficiales”.

“La sociedad civil saluda el renacimiento de la República de Venezuela”. Aviso de prensa firmado por destacados representantes de la sociedad civil venezolana, saludando el Golpe de Estado del 12 de abril de 2002 (*El Nacional*, D-5, 13-4-2002). “Referéndum revocatorio presidencial o dictadura constitucional”. Aviso de prensa llamando a la insurrección e irrespeto de la constitución, publicada por el Bloque democrático (*El Nacional*, A-6, 13-2-2004).

4. Quiebre del sentido común (posiciones rígidas e intolerantes suplantando la discusión, el diálogo o debate de posiciones diversas).
5. Cohesión y solidaridad al interior del propio grupo y conflicto latente o manifiesto entre grupos opuestos.
6. Familias, escuelas, iglesias, comunidades u otros espacios sociales de convivencia se posicionan en alguno de los dos polos de la confrontación.
7. Personas, grupos e instituciones sostienen las mismas actitudes de exclusión, rigidez o enfrentamiento presentes en la lucha política.

Estos signos de polarización observados en Venezuela después de cuatro años de un conflicto socio-político que arrastra viejas causas, coinciden con algunas de las características referidas por Martín-Baró (1986)² luego de diez años de guerra civil en El Salvador.

Sin embargo, aún cuando amplios sectores sociales del país mostraron estos signos de polarización, no es posible generalizar el impacto de este fenómeno a toda la población, ni unificar su expresión en distintos estratos sociales, ni regiones de Venezuela. El impacto personal y social de esta polarización, depende de una variabilidad de factores que van desde la clase social y la ubicación geográfica de la población (capital, regiones), hasta variables de edad, sexo, estado de salud, cercanía o exposición con situaciones de violencia directa y problemas personales, familiares, comunitarios o institucionales existentes previamente³.

Durante este período el discurso político de gobierno y oposición hizo uso de la violencia vía polarización maniquea. Se multiplicaron los estereotipos, las descalificaciones, la discriminación y la exclusión del Otro (persona o grupo con postura política distinta) a través de referencias a la condición de clase, etnia, raza u otras características grupales o partidistas (p.e: *hordas, chusma, turbas, monos, indios, escuálidos, círculos infernales, escuacas, sifrinos, oligarcas, opusgay, cúpulas podridas, talibanes, golpistas, afligidos, ignorantes, mercenarios*).

Esta percepción estereotipada de grupos opuestos dificulta las posibilidades de dialogar, de llegar a acuerdos a partir del debate de ideas y propuestas de solución de asuntos de interés común. Desaparece así la base para la interacción cotidiana, ningún marco de referencia puede

² Taller: *Polarización social en El Salvador*, realizado en Caracas en el año 1986, en el marco del Congreso Interamericano de Psicología. En noviembre del año 1989, Ignacio Martín-Baró, murió asesinado por los escuadrones de la muerte junto con otros cinco jesuitas, en la Universidad Centro Americana José Simeón Cañas, donde ejercía funciones de vicerrector.

³ Este análisis del proceso de polarización social en Venezuela, se basa en datos recogidos en distintas regiones y sectores sociales del país, durante las distintas actividades (talleres, cursos, foros, encuentros, mediación, etc) realizadas durante el período 2002-2004 en el Programa Fortalecer la paz en Venezuela, del PNUD y Centro Carter.

ser asumido como válido para todos, los valores dejan de tener significado colectivo y se pierde incluso la posibilidad de apelar al “sentido común” pues se encuentran cuestionados los presupuestos mismos de la convivencia.

El *sufrimiento ético-político* (Sawaia, 1989), que deriva de esta confrontación entre sectores opuestos, exige un análisis que trascienda el énfasis patologizante con énfasis individual y reconozca las realidades histórico-culturales que supone la experiencia colectiva de la polarización y la violencia política.

La polarización social fractura el tejido social a la vez que favorece la naturalización y legitimación de la violencia. Ante una situación de conflicto socio-político prolongado como el confrontado en Venezuela, la población sufre un proceso de cambios que trastoca su vida, asumiendo como normal, natural o habitual, lo que no lo es. Ante la avalancha de sucesos de agresión, muerte y destrucción material o simbólica se transforma en cotidiana la convivencia con la violencia y en este proceso de internalización, se trastoca tanto la identidad del individuo como sus relaciones sociales.

En este proceso cada sector, según la información que obtenga (medios, rumores, etc.) o su implicación en los acontecimientos, construye su propia concepción de lo que ocurre, incrementa su hermetismo como colectivo y percibe a los grupos externos como posibles enemigos. El temor a ser atacado, a ser blanco de ataque genera una angustia que transforma el actuar del grupo o la persona llevándolo a defenderse o atacar para “salvarse”, donde el lema explícito o implícito es: “el Otro es el enemigo” (Lozada, 2004).

Esto se ve agravado por la distorsión de atribución: a la otra parte se le atribuyen la peor de las intenciones y aquellas acciones desmedidas del propio bando se perciben invariablemente como respuestas a las amenazas o agresiones del contrario. En fin, se justifican las propias acciones violentas (p.e.: armarse o buscar instrumentos de defensa ante el posible ataque de grupos opuestos) como respuesta a la violencia que se anticipa, la que desencadena el miedo.

Se produce así la transformación de valores como solidaridad, justicia, esperanza, paz, verdad, confianza, dignidad, ética, por aquellos contrarios que se cree permiten alcanzar el equilibrio y mantener la persona a salvo. “Paradójicamente, se cree que la situación “más segura” es la de aquellos que se encuentran en el vértice de los dos polos. Sin embargo, son estas situaciones las que entrañan mayor peligro objetivo, las que llevan a asumir mayores riesgos en la confrontación” (Martín-Baró, 1983: 12).

En este contexto de amenazas y agresiones, de negación y rechazo del oponente, de expresiones masivas de descontento, aunado a la percepción de inutilidad de las formas de manifestación cívica y de creciente impunidad, se cierra el espectro de perspectivas políticas no violentas,

aumenta la desconfianza en el sistema democrático y la desesperanza respecto a las vías pacíficas de resolución del conflicto. En este proceso de naturalización y legitimación de la violencia, tanto las instituciones como distintos sectores sociales, pueden llegar a justificar la violación de los derechos humanos, la ejecución de homicidios, torturas, juicios populares, golpes de Estado y la guerra puede convertirse en un fin en sí misma.

En fin, la polarización, que parece erigirse y extenderse como mecanismo de poder y control socio-político a nivel mundial, además del fuerte impacto psicosocial que genera en la población, obstaculiza de varias maneras la búsqueda de salidas democráticas y pacíficas a los conflictos:

- a) Invisibiliza la histórica y compleja causalidad estructural del conflicto (exclusión, pobreza, desempleo, agotamiento del modelo político tradicional, p.e).
- b) Genera una representación restringida del conflicto, al reducirlo a la salida triunfo de un actor o propuesta (p.e. en Venezuela, salida o permanencia del presidente Chávez).
- c) Privilegia la gestión del conflicto y su solución a los actores políticos en pugna
- d) Produce una representación de los actores políticos y sociales, limitada al núcleo duro del conflicto: ("círculos violentos", "sectores golpistas", "oposición" oficialismo", p.e.) excluyendo al resto de los sectores sociales y el reconocimiento de diferentes posturas intra e inter grupos).
- e) Fragmenta el tejido social

2.- Representaciones e imaginarios sociales

Más allá de los dilemas del chavismo-anti-chavismo y las diversas causas del conflicto señaladas por distintos autores (Ellner y Kellinger, 2003; Medina y López Maya, 2003; García-Guadilla, 2003), entre las que destacan la profunda inequidad y exclusión social, la pérdida de credibilidad de las instituciones, el descrédito de los partidos tradicionales y los límites del modelo rentista petrolero, interesa subrayar acá algunos referentes simbólicos, representaciones e imaginarios sociales⁴ que junto con los factores ya señalados, han contribuido a agudizar el

4

El concepto de imaginario desde su larga existencia en el quehacer filosófico ha influenciado tanto la sociología, la antropología, la comunicación, la psicología, como la ciencia política. Ubicado en la problemática diada entre lo real y lo simbólico, el imaginario aparece en general asociado a otras nociones como mentalidad, mitología, ideología, representación, ficción, memoria, cultura, imagen, imaginación.

Con Castoriadis (1975), quien reivindica la potencialidad heurística de la noción, Wunenburger (2003, p-28-29) señala cuatro grandes líneas de reflexión en torno al imaginario, que a pesar de sus divergencias, pueden vislumbrarse en autores como Bachelard, Levi-Strauss, Durant y Ricouer:

1.- El imaginario obedece a una "lógica" y se organiza en estructuras donde se pueden formular ciertas leyes. El imaginario aunque se inscribe en

conflicto político y los niveles de polarización social en Venezuela, tomando expresión en distintos espacios públicos.

Toda sociedad como señala Colombo (1993: 99) “crea un conjunto ordenado de representaciones, un imaginario a través del cual se reproduce y que, en particular, designa al grupo para sí mismo, distribuye las identidades y los roles, expresa las necesidades colectivas y los fines a realizar”. La vida social y con ella sus conflictos, se articulan a estos sistemas simbólicos. Si bien estos imaginarios sociales pueden favorecer la creación de consensos intra o inter-grupos, también pueden generar disensos, usos diferenciales en el discurso de grupos opuestos y rivalidades que contribuyen a la expresión de distintas formas de violencia real y simbólica.

La emergencia, utilización y explotación política de parte de los sectores en conflicto, de valores, creencias, símbolos y mitos del imaginario social ha sido una constante a lo largo del conflicto. El discurso público tanto de actores políticos de gobierno y oposición, como de sus seguidores, reivindican y resignifican una serie de representaciones e imaginarios sociales de los grupos en conflicto, de referentes simbólicos militaristas, religiosos y revolucionarios que movilizan un juego de identificaciones y oposiciones, de pasiones y deseos, de encuentro y desencuentro a nivel intra e intergrupales. La emergencia de estos imaginarios latentes en un momento histórico como el presente, se expresan en una multiplicidad de espacios sociales, públicos y privados, reales y virtuales⁵, corporales y territoriales, a través de discursos verbales e icónicos de gran fuerza simbólica.

infraestructuras (cuerpos) y superestructuras (significaciones intelectuales) es obra de una imaginación trascendental que es en gran parte independiente de los contenidos de la percepción empírica. El imaginario revela el poder figurativo de la imaginación, el cual excede los límites del mundo sensible.

2.- La imaginación es una actividad a la vez connotativa y figurativa que trasciende aquello que la conciencia elabora desde la razón abstracta o digital.

3.- El imaginario es inseparable de obras mentales o materializadas, que sirven a cada conciencia para construir el sentido de su vida, sus pensamientos y acciones. De esta manera, las imágenes visuales y lingüísticas contribuyen a enriquecer la representación del mundo o elaborar la propia identidad.

4.- El imaginario se presenta como una esfera de representaciones y de afectos profundamente ambivalente. Así, puede ser una fuente de errores e ilusiones. Su valor no reside solamente en sus producciones, sino en el uso que de ella se hace. La imaginación obliga entonces a formular una ética, una sabiduría de las imágenes.

En fin, los imaginarios sociales estructuran la memoria histórica, la experiencia social y construyen la realidad. Sin estas formas simbólicas, cargadas de significados y sentidos comunes compartidos, es difícil sostener los sistemas de racionalización ideológica en una sociedad, donde la diversidad cultural y las distintas formas de exclusión, reinterrogan permanentemente los discursos universalistas de democracia, igualdad y justicia.

⁵ El conflicto político que lucha por el poder y control social en las calles e instituciones públicas y privadas en Venezuela en los últimos tres años, libra también su batalla en el espacio virtual. En una multiplicidad de páginas de opinión política en la Red, se revela la desconfianza y el cuestionamiento a la legitimidad del Otro como interlocutor

2.1. Nosotros-ellos:

En los imaginarios de los grupos sociales confrontados, subyace una elaboración ideológica del conflicto y profundas diferencias socio-económicas y culturales de una sociedad dividida en clases, las cuales han sido mantenidas y reforzadas por una desigual distribución de la riqueza, por formas de gobierno clientelares y populistas, que han definido excluyentes patrones de distribución territorial y favorecido comportamientos asociados al consumo, a la corrupción y al manejo de influencias en la vida pública.

La polarización en Venezuela ha revelado una marcada distancia social, una percepción estereotipada de los grupos, una diferenciación que subraya diferencias de clase, género, raza, ideologías, pero también las características que en el plano subjetivo y afectivo toma la exclusión, y las formas sutiles o grotescas de discriminación, racismo, sexismo, clasismo entre grupos que se expresa en una variedad de formas en manifestaciones y protestas de calle (p.e: pancartas, monigotes, graffitis, máscaras, bailes, etc). En estas representaciones de si mismo y del otro, se encuentran residuos de los mitos de la conquista y expansión española; los significados y características asociadas a las poblaciones indias, esclavas y negras capturadas y vendidas en las Antillas que luego transfirieron sus procesos de trabajo al esquema productivo de la sociedad clasista emergente en el período post colonial. La diferenciación de la población entre negros, mestizos, indios, zambos y blancos de la colonia son los antecedentes de la diferenciación entre *monos y escuálidos*, de los chavistas y opositores actuales.

Asimismo, los imaginarios asociados al propio grupo y al otro opuesto políticamente, aparecen asociados a la historia política de Venezuela, Latinoamérica y el mundo. Encontramos representaciones antagónicas de Venezuela, del conflicto, sus causas y salidas, del modelo de desarrollo, de la política y sus actores, de la democracia, de dos sectores de la población (sociedad civil y pueblo), de lo local y nacional, de lo trasnacional y lo global.

Las referencias a Latinoamérica, a su autodeterminación, a la política imperial norteamericana, a los determinantes geo-políticos, a las luchas del poder actuales, definen, conducen y refuerzan una renovada acción ciudadana en la esfera pública, que evoca diferentes símbolos, quimeras e ilusiones en los grupos confrontados exaltando o sobredimensionando las virtudes del modelo político norteamericano o europeo, o la autodeterminación e integración latinoamericana. Así,

válido. En general, los internautas no operan en el ámbito de la argumentación o la retórica, la violencia discursiva en la red, está menos determinada por su coherencia racional que por la intensidad de la carga emocional que moviliza. . Tal como afirma Mitchell (1996) la Red elimina la dimensión tradicional de la legibilidad cívica y libera del lazo moral. Así, amparados en el anonimato, adeptos u opositores multiplican los estereotipos y la discriminación y exclusión del Otro a través de insultos, uso de la sátira, ironía y descalificación desde referencias a clase social, etnia, raza u otras características grupales o partidistas, que hacen extensivas a allegados y familiares del opositor (Lozada, 2004).

en las marchas que toman las principales avenidas de la ciudad, se multiplican imágenes del Ché Guevara, se queman o izan banderas de Estados Unidos, Cuba, Venezuela, unos y otros vocean lemas que recuerdan luchas políticas en otros países: *“No pasarán”*, *“Ni un paso Atrás”*, *“El pueblo unido jamás será vencido”*, *“Patria o Muerte venceremos”*.

2.2. El gendarme necesario

Encontramos referencias en el discurso oficial a mitos fundacionales que reivindican el pasado guerrero y valiente de nuestros libertadores. Ello se evidencia tanto en un pasado fantasmal y decimonónico, que reivindica héroes como Simón Bolívar, Ezequiel Zamora, Antonio José de Sucre y las guerras independentistas, como en la expresión actual de esas herencias políticas caudillistas y militaristas en los principales actores que han ocupado la escena política venezolana de los últimos tres años.

La presencia del Teniente Coronel Hugo Chávez en la Presidencia de la República, el alto número de militares en funciones de gobierno, como la participación activa y pública de las Fuerzas Armadas Nacionales a favor o en contra del presidente en el marco del conflicto, han contribuido de igual manera a reforzar este imaginario militarista, donde la democracia está permanente acechada por la posibilidad de un régimen de fuerza y la emergencia de un militar que actualice los mitos ancestrales de los héroes de la independencia, o de militares que han gobernado el país Gómez, López Contreras, Medina Angarita y Pérez Jiménez.

Los discursos y estrategias de acción, defensa y ataque utilizadas por distintos sectores pro y contra gobierno en distintos espacios públicos (calles, plazas, barrios, urbanizaciones, etc.) subrayan significados asociados a conquista, batalla, guerra, que reivindican la visión militar, mítica, heroica, libertadora y legitiman la violencia como medio para la defensa de intereses ciudadanos.

Estas acciones además de provocar daños a estructuras físicas: inmuebles, calles, plazas, paseos peatonales, provocar contaminación ambiental: ruido, humo, basura y violentar los derechos ciudadanos de libre acceso y circulación, seguridad pública, recreación, esparcimiento y paz, contribuyen también a exaltar una cultura de la violencia, de trauma y gloria que afecta la convivencia democrática y el respeto a los derechos humanos.

2.3. Dioses y Demonios

La lucha entre lo sagrado y lo profano, el bien y el mal, entre Dios y el Demonio, han ocupado también un importante lugar en el imaginario social en este tiempo. Ejemplos de ello son las cadenas nacionales de rezos públicos pro o contra Chávez, los Altares en Plaza Altamira y Puente Llaguno de Caracas, con figuras del santoral cristiano u otras religiones, junto con

deidades africanas; la marcha de las vírgenes o recorridos con sus imágenes en distintas parroquias; los desfiles de personas frente a imágenes de vírgenes que destilan aceite o lloran sangre⁶; la bendición con agua bendita desde un camión cisterna a miles de manifestantes en una marcha en una autopista capitalina o la utilización de antorchas y velas en manifestaciones públicas. Las imágenes y representaciones religiosas han sido usadas como arma política por ambos sectores, destruyendo iglesias, robando imágenes, mientras que la polarización ocupa también la institución religiosa y sus templos, a cuya defensa o ataque recurren civiles y militares, laicos y religiosos⁷.

La figura mítica⁸ de la escultura de María Lionza, ubicada en medio de una céntrica autopista de la capital, tampoco ha estado al margen del conflicto. Su restauración y reubicación quedó atrapada en la lucha de intereses políticos entre instituciones estatales y privadas, y la escultura cedió partiéndose por la cintura en dos mitades, lo que contribuyó a nutrir los imaginarios del sincretismo religioso que ella convoca. La corte del poder criollo, mezcla de razas, fuerza de independencia y libertad que ella simboliza sirvió para alimentar miedos y deseos colectivos, retaliaciones y castigos, así como divisiones entre sus creyentes.

2.4. La “revolución bonita”

⁶

⁷ “Los ataques representan una acción cobarde de quienes no son capaces de enfrentar al contrario con ideas y argumentos, pero también es una señal clara que envían, conociendo nuestra mayoritaria preferencia religiosa, de lo que están dispuestos a hacer, para imponer su revolución. Una vez más un régimen totalitario utiliza lo religioso para enviar un mensaje político” (Enrique Medina Gómez: General de División [Ejército], Política y religión, *El Universal*, 17-2-2003).

“Con un escapulario de la Virgen del Socorro en la mano, el presidente de Venezuela, Hugo Chávez, reiteró su fe católica y desmintió que sienta temor por la Virgen como dicen, según aseguró, sus opositores, a los que volvió a calificar de ‘locos’. Hay una tesis peregrina de que yo le temo a la Virgen, que me paraliza si veo una Virgen, es cosa de locos, de psiquiátrico”, dijo Chávez, quien afirmó tener pruebas de que la oposición realizó marchas con “rutas” de la Virgen, a sugerencia de “planificadores locos”. Sin miedo a la virgen. (*El Universal*, 14-12-2003).

“Esta actividad no tiene tinte político, hacemos un llamado a todos los católicos, sin distinciones de posición política, para que se unan a través de la oración para combatir el mal”, manifestó Nancy Farías de Espina, miembro de Unidos por María. “Levantaron una oración de purificación de la Plaza de Altamira” (*El Universal*, 14-12-2003).

“Lo que sucedió en Plaza Altamira el día de la marcha no fue un acto de provocación ni de irrespeto a la religión. Sólo alguien como Porras, obseso con Chávez y vocero sistemático de la oposición más recalcitrante, sin consideración alguna por su alta investidura y por el respeto que debe a la verdad, sin recabar información, utiliza el tema religioso con la misma vehemencia que empleó – por ejemplo– la jerarquía católica española para estimular la cruzada franquista que provocó un baño de sangre con la acción del “Caudillo de España por la gracia de Dios”. Rangel: Monseñor Porras manipula argumento religioso (*El Nacional*, 8-12-2003).

⁸ “El mito guarda ciertamente la más estrecha correspondencia con todas las articulaciones sociales y todas las prácticas: desde este punto de vista, la experiencia mítica no debe confundirse con la experiencia religiosa, ni con la experiencia ideológica; pero el mito no es sólo ese calco significativo, inmanente a toda práctica. Constituye también una estructura simbólica eficiente, que asume funciones permanentes de atestación, legitimación y regulación, necesarias para el mantenimiento y la reproducción social” (Colombo, 1999, 100).

En el marco del proceso liderizado por el presidente Chávez que se ha llamado *Revolución Bolivariana*, se han activado los imaginarios asociados a la revolución como utopía movilizadora de cambio social estructural que en América Latina tuvo expresión en Cuba, Nicaragua, El Salvador y sigue expresándose de distintas maneras en México u otros países. La recreación de estos imaginarios se acompaña igualmente, de la reivindicación de la gesta emprendida por héroes como Bolívar, Martí, Sandino, San Martín, Zapata.

Sin detenernos a analizar los límites y posibilidades de la propuesta revolucionaria bolivariana y su cercanía o distancia con modelos autoritarios, clientelares, populistas y corruptos de la historia política venezolana o mundial, importa reconocer el carácter simbólico que juega dicho proyecto en el colectivo que la defiende, como deseo, pasión y sueño utópico, y como ruptura de la institucionalidad política existente en su proyección espacial y temporal.

Paralelamente a los referentes simbólicos revolucionarios que saludan la “*revolución bonita*”, también se han activado en el sector de la población que no comparte la propuesta gubernamental, los miedos y fantasmas que activa el comunismo y su carga de significados, sean estos asociados a la historia de la lucha armada en Venezuela de los años sesenta, a la historia de los países del llamado socialismo real o la vivencia cubana.

Las manifestaciones y marchas multitudinarias de apoyo o protesta a esta propuesta “revolucionaria” han sido una constante a lo largo del conflicto, tomando autopistas, calles, avenidas, plazas y lugares públicos, donde se despliegan una gran cantidad de símbolos e iconos que la reivindican o la niegan.

3.- Territorialización de la polarización

Además de los signos ya señalados, la polarización también tomó en una lógica espacial que dividió espacios de las ciudades, regiones y Estados del país en territorios chavistas o anti-chavistas. Entre las huellas materiales y simbólicas de la polarización a nivel urbano, especialmente en la ciudad de Caracas, se encuentran:

- ☛ Apropiación privada de espacios públicos en la ciudad capital: plaza Altamira, Plaza Bolívar, Puente Llaguno, PDVSA Chuao, PDVSA La Campiña ⁹.
- ☛ Ocupación e invasión de edificios o terrenos públicos y privados

⁹ Durante momentos coyunturales del conflicto, los dos sectores políticos ocuparon espacios emblemáticos de la ciudad de Caracas. La sede de Petróleos de Venezuela (PDVSA) La Campiña, Puente Llaguno y la plaza Bolívar fue ocupado por el sector chavista, mientras que el sector de oposición ocupó PDVSA Chuao y la Plaza Francia en Altamira, que se proclamó como “territorio liberado” al momento de ser tomado por un grupo de militares disidentes. En el interior del país, especialmente luego del paro petrolero, ambos sectores se adjudican plazas y áreas cercanas a las instalaciones de la industria petrolera.

- ☛ Marchas y contramarchas en lugares de la ciudad identificados como chavistas u Opositores- demarcados simbólicamente a través del color rojo y negro respectivamente- que en muchos casos derivó en confrontaciones, heridas y muertes de un gran número de personas pertenecientes a los dos grupos ¹⁰.
- ☛ “Tomas”, “conquista o reconquista” de sectores de la ciudad generalmente asociados a sectores políticamente contrarios (“catiazo” y “petarazo”, p.e).
- ☛ Desarrollo de planes de “desobediencia”, “contingencia”, “defensa comunitaria” que incluyen: adquisición de armas y entrenamiento en estrategias de defensa-ataque para su uso en caso de una eventual confrontación; instalación de campamentos; trancazos de calles y autopistas; construcción de barricadas recurriendo a la tala de árboles; quema de cauchos y basura; cacerolazos, pitazos y apagones de luz.
- ☛ Ocupación de avenidas, autopistas y plazas (Avenida Bolívar, Distribuidor Altamira, p.e) con tarantines, mercados y tarimas para realizar operativos de ventas de alimentos, cedulação, eventos deportivos o celebraciones con artistas y grupos musicales.
- ☛ Saturación en la utilización de símbolos patrios (banderas, himno nacional) en letreros, pancartas, insignias, vestimenta, graffitis, consignas, etc., por simpatizantes de los dos grupos en conflicto.
- ☛ Saqueos a negocios y propiedades
- ☛ Atentados y auto-atentados a personas y propiedades públicas y privadas
- ☛ Agresión y hostigamiento en lugares públicos o en sus hogares a funcionarios estatales y sus familias ¹¹.
- ☛ Agresión en lugares públicos y privados a representantes de oposición.
- ☛ Ataques o medidas intimidatorias en sedes de medios de comunicación y partidos políticos
- ☛ Desabastecimiento de recursos energéticos: gasolina, gas, y de alimentos, medicinas o llamados al abastecimiento como mecanismo de previsión ante posibles huelgas, paros o golpes de Estado, con la consecuente conducta colectiva de pánico, confrontaciones, incertidumbre y aglomeración en sitios públicos.

¹⁰ Provea -programa Venezolano de Educación en Derechos Humanos- (2004: 14), contabiliza al menos 107 muertos durante el período comprendido entre octubre 2001-septiembre 2004. Las muertes conocidas durante este período incluyen en su mayoría las ocurridas en el contexto de manifestaciones políticas, sucesos ocurridos entre el 11 y 14 de abril 2002, La Guarimba, luchas por el derecho a la tierra y el empleo, y asesinatos (p.e: soldados de la Plaza Altamira).

¹¹ Algunos sectores de oposición justificaron estas acciones, estableciendo un paralelismo con aquellas reconocidas como “escrache” iniciadas en los años noventa por la agrupación “hijos” en Argentina, contra la impunidad de los asesinos de la dictadura y se han extendido actualmente como manifestaciones de protesta social.

Esta territorialización de la polarización, es para López Maya (2003) una nueva fase –la más radical y violenta- de la demarcación bipolar de los espacios urbanos venezolanos que se viene desarrollando en nuestro país desde hace décadas, y la cual da cuenta de un patrón de distribución desigual del territorio y sus riquezas.

El empobrecimiento progresivo de los venezolanos ha ido configurando los paisajes urbanos de nuestras ciudades, confinando en los barrios a los sectores de menos recursos y a las urbanizaciones –protegidas con vallas y vigilancia- a las clases medias y altas.

El imaginario social que teme la respuesta social ante tales niveles de marginalidad y exclusión –“*cuando bajen los cerros*”, es un fantasma que con distintas palabras recorre América Latina - que en otros momentos históricos se han traducido en signos visibles en las principales ciudades del país (c.f. Caracazo en 1989) juegan un importante rol en el actual conflicto, generando profundas divisiones y desconfianza mutua entre los grupos opuestos políticamente. Estos tienden a ser ubicados en un sector u otro de la ciudad de Caracas. En el sector Este (clase alta y media alta) la oposición, y en el Oeste (clase baja y media baja) el Chavismo, aún cuando cada sector reivindique la presencia de sus adeptos en distintos lugares de la ciudad.

Para García Guadilla (2003:11) en Caracas, las luchas por la democracia y más concretamente, por la denominada “*democracia participativa*”¹² se han polarizado, creando feudos y ghettos urbanos. Así, “la territorialización de los conflictos políticos, la aparición de espacios altamente segregados, la pérdida de libertad para desplazarse en la ciudad dado el alto riesgo de ser identificado con el “otro”, el creciente deterioro de los servicios y calidad de vida de los ciudadanos y el surgimiento de los espacios del miedo y de la violencia, han conducido a la pérdida del derecho a la ciudad”.

El desafío ético-político: construir ciudadanía y convivencia democrática

Hemos visto como la demarcación espacial de la exclusión, especialmente en barrios y urbanizaciones de la ciudad -ambos ubicados mayoritaria y paradójicamente en las montañas que rodean al Valle de Caracas-, ha servido como superficie simbólica y territorial del conflicto socio-político vivido en Venezuela durante los últimos cuatro años, agudizado por los procesos de polarización expresados por distintos sectores sociales, rompiendo la “*ilusión de armonía*” de varias décadas de democracia en Venezuela (Naím y Piñango, 1984).

¹² La democracia participativa, término que quedó inscrito en la Constitución Bolivariana de 1999 y que sirvió de objetivo a las luchas ciudadanas que liderizaron las asociaciones de vecinos en los años setenta y ochenta, es un término sumamente amplio y ambiguo que en la actualidad es utilizado por las dos partes en conflicto como respaldo de sus luchas (García Guadilla, 2003).

La segregación socio-espacial se ha exacerbado y Caracas, “ciudad que en el pasado se asumía como un ejemplo de “la convivencia de los barrios marginales con las modernas urbanizaciones de clase media”, y de “una sociedad de clases sin lucha de clases”, es hoy una ciudad sitiada, dividida y polarizada socialmente y altamente segregada desde el punto de vista espacial y de desempeño de las actividades”. (García Guadilla, 2003: 13).

La ciudad de Caracas, sus calles, sus esquinas, sus rincones, sus paredes, sus muros, sus casas y edificios, están cargados de signos y sentidos, mundos de significados y rivalidades que se desplazan de un grupo a otro. Son visibles las fronteras espaciales y territoriales que muestran las huellas urbanas de la polarización.

La desconfianza y la negación del Otro que supone la polarización resquebraja los cimientos de la convivencia, lo cual entraña un agotador clima de tensión socio-emocional, donde la violencia encuentra campo fértil. La presencia de fisuras en la estructura de sentido y el intercambio de significaciones que hacen posible la vida social, conlleva a la confrontación antes que a la acción común, imponiéndose la violencia simbólica de las ideologías. La carga de símbolos, imágenes, mitos, creencias, representaciones que impulsan hacia posturas extremas de uno y otro signo, así como la fractura de universos simbólicos compartidos constituye hoy una de las consecuencias más visibles del conflicto socio-político en Venezuela.

La comprensión geopolítica, económica y socio-cultural de dicho conflicto, exige entonces reconocer la fuerza simbólica de representaciones e imaginarios sociales que agudizan la polarización social que lo ha caracterizado. Estos imaginarios se sitúan en el campo de fuerzas que organiza el sistema social, donde sectores del chavismo y oposición se reconocen en lugares antagónicos desde donde se niegan, excluyen y desconocen mutuamente, lo que provoca una ruptura en los consensos propios a la realidad sociopolítica que supone un sistema establecido y afecta los patrones de convivencia que requiere la vida ciudadana y la construcción de un orden simbólico que da sentido y dirección a la vida en común¹³.

En fin, el fenómeno de la polarización parece indicar que hay factores objetivos y subjetivos que impulsan hacia posturas extremas de uno y otro signo, pero también muestra las posibilidades de rescatar los elementos simbólicos e imaginarios sociales compartidos para alcanzar consensos entre los grupos confrontados. Se trata pues, de reconocer los conflictos,

¹³ Es necesario tener en cuenta la complejidad y diversidad que asumen los patrones de convivencia entre sectores chavistas y no chavistas al interior de un mismo sector (p.e: clase alta, media y baja). Debido al apoyo comunitario que genera la búsqueda de satisfacción de necesidades fundamentales, en los sectores pobres si bien se expresa la diferencia de posiciones, no siempre está se ve acompañada de la confrontación y exclusión del otro considerado opuesto políticamente. En las clases media y alta, si bien la demarcación entre sectores contrarios fue visible a través de cacerolazos, pitazos, etc —especialmente frente a casas y restaurantes ante figuras estatales, hoy estas expresiones de polarización se han atenuado, aunque no necesariamente desaparecido.

sus fronteras y horizontes, el manejo constructivo, democrático y pacífico de los mismos, a la par de reivindicar la política como negociación de la diversidad en su espacio natural de aparición, en lo público, en la experiencia cotidiana de los ciudadanos.

Esto supone un desafío ético-político que invita a construir prácticas ciudadanas y acciones colectivas comunes que permitan la reconstrucción del tejido social y urbano fragmentado por el conflicto y la creación de formas de conmemoración o símbolos unificadores en distintos lugares de la ciudad que constituyan una reafirmación ética en la defensa de los derechos humanos, del reconocimiento del otro y la abdicación a la violencia (Martín y Páez, 2000). De allí la urgencia de definir políticas públicas que permitan evaluar el impacto urbano y ambiental causado por la territorialización del conflicto y aquellas que permitan reducir la segregación socio-espacial, ampliando la experiencia democrática en la ciudad, la autoorganización, autonomía y empoderamiento de los ciudadanos, incentivando movimientos sociales comprometidos con el reconocimiento del otro y la preservación de espacios de convivencia pacífica y democrática.

Muchas de estas iniciativas y propuestas requieren de tiempo y escenarios propicios que permitan la distensión y el fin de la polarización. Sin embargo, es necesario favorecer la construcción de estos espacios a través de iniciativas que faciliten algunas claves en la interacción, consenso y diálogo entre grupos que defienden diferentes posiciones políticas. Para ello obviamente se requiere una mirada auto-crítica de ambos grupos en conflicto que reconozca el carácter antidemocrático de algunas de sus acciones y reclamos de derechos ciudadanos, que muchas veces legitiman estrategias violentas, autoritarias e insurreccionales¹⁴.

Si bien el conflicto ha funcionado en algunos sectores sociales como catalizador de la toma de conciencia, organización y participación política, contribuyendo a reforzar la identidad grupal en torno a objetivos comunes, aún queda un largo y arduo trabajo de educación ciudadana que permita desarrollar acciones colectivas comunes tendientes a la despersonalización y contextualización socio-histórica del conflicto; la transformación de las representaciones de sí y el Otro; la construcción de nuevas metáforas y discursos mediáticos no polarizados; la reivindicación de imaginarios sociales y universos simbólicos compartidos; el abordaje del impacto psicosocial del conflicto y la reparación social.

¹⁴ “La sociedad civil saluda el renacimiento de la República de Venezuela”. Aviso de prensa firmado por destacados representantes de la sociedad civil venezolana, saludando el Golpe de Estado del 12 de abril de 2002 (*El Nacional*, D-5, 13-4-2002). “Referéndum revocatorio presidencial o dictadura constitucional”. Aviso de prensa llamando a la insurrección e irrespeto de la constitución, publicada por el Bloque democrático (*El Nacional*, A-6, 13-2-2004).

Paralelamente, estas acciones requieren el desarrollo de un modelo de democracia inclusivo y participativo que fortalezca las instituciones, asuma la lucha contra la impunidad, exclusión, pobreza e inequidad social, y defienda los derechos humanos en su visión integral e interdependiente que contempla los derechos económicos, sociales, culturales, civiles, políticos y de los pueblos. Ello implica cconstruir un nuevo ideal de desarrollo urbano comprometido con la justicia, equidad, desarrollo sustentable, respetuoso de la diversidad, de nuevas identidades y los derechos humanos.

Se trata de educar en y para la ciudadanía, desde la reconstrucción crítica de nuestra memoria histórica, la sistematización de los saberes sociales y multiplicidad de experiencias ciudadanas vividas en este período, como desde los procesos simbólicos implicados en la construcción democrática del espacio público. Se trata de construir un país donde se produzcan cambios sociales, económicos y políticos basados en los principios de inclusión, justicia, equidad y paz; que nos permitan recuperar la confianza en las instituciones democráticas y ahuyentar las amenazas del populismo y autoritarismo y su expresión en líderes mesiánicos, sean estos militares o civiles.

Son tiempos de asumir el desafío histórico de la política entendida como vivencia cotidiana, tiempos para recrear y significar el imaginario *nosotros*, con sentido y norte de futuro común.

La ciudad, las calles, las plazas, las escuelas, los hospitales, los bares, las fábricas, las casas, están pobladas de gente, de pensamiento, de cuerpos y afectos, de política y vida cotidiana, de alma y espíritu. Está llena de espacio que siente y vibra, hecho de ruido, de conversaciones, de conglomeraciones, de rumores y chismes, de emociones y argumentos, de propuestas y acciones, de debates y diálogo, de confrontaciones y negaciones. Es esa alma colectiva la que debemos reconocer en la calle, en los espacios urbanos, es esa la democracia a construir.

Referencias bibliográficas

Castoriadis, Cornelius (1975). *L'institution imaginaire de la société*. Paris : Editions du Seuil.

Colombo, Eduardo. (1993): *El imaginario social*, Montevideo, Nordan-Comunidad.

Ellner, Steve y Hellinger, Daniel. (eds.) (2003): *La política venezolana en la época de Chávez. Clases, polarización y conflicto*, Caracas, Nueva Sociedad.

García-Guadilla, María Pilar. (2003): *Politization and Polarization of Venezuelan Civil Society: Facing Democracy with two Faces*. International Congress of the Latin American Studies Association, Dallas, Texas, 27 y 29 de marzo, 2003.

López Maya, Margarita (2003): *Las insurrecciones de la oposición en el 2002 en Venezuela: causas e implicaciones*. XXIV Congreso LASA., Dallas, Texas.

Lozada, Mireya (2004): “El ciberciudadano: representaciones, redes y resistencias en Venezuela y América Latina” en D. Mato (coord), Políticas de ciudadanía y sociedad civil en tiempos de globalización, Faces-UCV.-Fundación Rockefeller.

Lozada, Mireya (2004) El otro es el enemigo: imaginarios sociales y polarización Revista Venezolana de Economía y Ciencias Sociales, V.X, 2, 2004, 195-21.

Martín Beristain Carlos y Páez Rovira, Dario. (2000): Violencia, apoyo a las víctimas y reconstrucción social. Experiencias Internacionales y el desafío vasco, Madrid, Fundamentos.

Martín-Baró, Ignacio (1983): Polarización social en el Salvador, Estudios Centroamericanos, ECA, 129-143.

Martín-Baró, Ignacio. (1986): Conflicto y polarización social. XX Congreso Interamericano de Psicología, Caracas.

Medina, Medófilo y López Maya, Margarita (2003): Venezuela: confrontación social y polarización política, Bogotá, Ediciones Aurora.

Mitchell, William (1996). City of bits [En red]. Massachusetts Institute of Technology. Disponible en: http://mitpress2.mit.edu/e-books/City_of_Bits/contents.html.

Naím, Moisés y Ramón Piñango (1984): “El caso Venezuela: una ilusión de armonía,” en El caso de Venezuela: una ilusión de armonía, Caracas, Ediciones IESA.

Provea. (2004) Situación de los derechos humanos en Venezuela. Informe anual: octubre 2003-septiembre 2004, Caracas: Ediprint

Sawaia, Bader (1998): “Afectividad y temporalidad en el cuerpo teórico-metodológico de la psicología social”, Revista Avepso, V. XX, N° 1.

Wunenburger, Jean Jacques (2003) L’imaginaire. ¿Que sais-je ? Paris : PUF.